

EL POEMA DE NUÑEZ WEST, UN CANTO A LA PATRIA FUNDAMENTAL

Como artista quizá no tenga necesidad de intervenir en los asuntos del siglo. Pero como hombre, sí. — *Alberto Camus.*

Cada uno ve en un ser lo que hay en sí mismo, y cada uno lo conoce de una manera diferente, y a la altura de su propia existencia. — *Mauricio Maeterlinck.*

Sólo el hombre que realiza en toda su vida y con su entero ser las relaciones que le son posibles puede ayudarnos de verdad en el conocimiento del hombre. — *Martín Buber.*

Cada hombre recomienza y prosigue en cada hombre. — *Horacio Núñez West.*

Hay que obrar de modo que el hombre pueda en todas las circunstancias, elegir la vida. — *Jean-Paul Sartre.*

Quien no alza su voz en el certamen del siglo, es porque nada tiene que decir. — *Manuel González Prada.*

I. TEORÍA DEL POEMA

Disponerse a ubicar la obra de un poeta implica necesariamente un retorno a las problemáticas de la poesía. Todo

poeta crea una perspectiva distinta. No caben las generalizaciones en la disciplina poética. Es de rigor que toda tentativa exegética imponga un examen profundo del sentido y el destino de la poesía. Es siempre un recomenzar. Porque la actitud poética tiene que responder a la medida del tiempo histórico en que esa actitud se adopta. Pesan valores de humanidad a los cuales el poeta no puede ser indiferente. En esos valores está inserta la propia peripecia del poeta, la autenticidad del ser, la dimensión del hombre. Las categorías de eticidad no han sido establecidas por normas convencionales: las fija el hombre en su comportamiento social, en la búsqueda de sí mismo, en la exigencia de su mismidad. El artista tiene que ser el artesano de su personalidad. El artista no está antes o después del hombre. Está en el hombre. En el hombre que tiene que ser y en el hombre que habita su propio continente. O lo que vale lo mismo: es la emoción humana la que convierte al hombre en artista. Todo se reduce a sentir y sufrir. La poesía pues es una manera de estar entre los hombres: en alteridad o evasión. Porque el instante que vivimos se caracteriza por su singularidad. Es un instante de posiciones vehementes. Es lo que se ha dado en denominar *compromiso*. El *compromiso* no es una decisión estética, circunstancial. El *compromiso* —el ser comprometido— es algo que identifica al poeta con la raíz de su destino. No es un hecho de razón, es el pulso de la sangre. Y en el acatamiento que preste a las voces interiores se descubrirá el tamaño de su canto, la dimensión de su genio múltiple. El artista *comprometido* ⁽¹⁾ no es, por supuesto, un ser *sometido*. El *compromiso* es lo que libera puesto que instala al artista en el universo de la luz, región de los descubrimientos en la cual puede observarse la fuente del dolor y de las lágrimas innecesarias.

(1) El escritor *comprometido* sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio. SARTRE, Jean Paul, *¿Qué es la literatura?*. Losada, pág. 56.

¿Los temas poéticos? La poesía no es una revelación de lo poético sino el descubrimiento del hombre. La poesía es sustancialidad. Es lo que enseñó Goethe: *La poesía no es lo poético, sino lo real*. Y en el examen de la interioridad y exterioridad de la poesía, lo cierto es que lo que menos importa es lo poético. Exógena o endógena, la poesía es siempre una *realidad*, no una *realización*. Ese aire de realidad es lo que proporciona esencialidad a la poesía. Afirma Miguel de Unamuno: *El poeta es el que nos dá todo un mundo personalizado, el mundo entero hecho hombre, el verbo hecho mundo* (2). Es la concepción de la poesía servidora. De suerte pues que la naturaleza poética de los temas se determina por el valor de las palabras. *En el principio fue el Verbo...* La revelación del hombre fue posible por la palabra. Es decir, la penetración y comunicación con la interioridad del ser es un claro juego de las voces poéticas, la poesía como instrumento de redención. No hay pues temas poéticos o antipoéticos, sólo existe la poesía. En el ámbito de la belleza, la gracia poética funciona a través de la palabra. Es menester al creador la vinculación de las voces favorables para otorgarle a la poesía la universalidad de los temas. ¿Las ideas? El universo es un estado de conciencia. *Lo real* es una *realidad* en mí. Las ideas del mundo consciente son válidas para mí. El poeta es un ser interesante no tanto por el número de sus ideas cuánto por el comportamiento de sus relaciones con el todo. El poeta ganará su sitio en el corazón de los hombres cuando sea el intérprete de su ansiedad vital, la voz vertical que exalte la condición humana (3).

Los temas pues, son un contacto con lo real, con la reali-

(2) UNAMUNO, Miguel de, *Arte y cosmopolitismo*. Ensayos, T. II, Aguilar, pág. 1168.

(3) Sólo la poesía, circulando entre hombres vivos en una tierra viva, es capaz de descubrir el mundo común con que la mente de los hombres, en su fuero interno y sin conocerlo, está conforme. MAC LEISH, Archibald, *Los irresponsables*. Losada, pág. 30.

dad activa. La identificación espiritual del poeta con los hechos de la cotidianeidad, instala la poesía en el recinto de las posibilidades. La poesía es *alteridad*. Le asiste razón a Herbert Read: *Un agente de destrucción en la sociedad es el poeta* (4). El poeta es el único ser que, a través de belleza, es capaz de inaugurar nuevos rumbos a la voluntad creadora del hombre. El poeta no es la voz de Dios. La voz del poeta, en cambio, es la que otorga al hombre dimensión de Dios. Y como tal —es una suerte prometeica— ensaya la maravillosa aventura del hombre dentro de su mundo restringido, *el único suelo lo bastante fértil para nutrir al arte* (5). En esa dionisiaca aventura del hombre está inserto el destino de la especie porque la verdad es que el hombre sueña, y la realidad —forma tangible del espíritu— es *creada* —dice Máximo Gorki— *por la inextinguible e inteligente voluntad del hombre* (6).

3

En la actitud de meditar en torno de un poema, acaso se sorprenda —todo cabe en el absurdo— el propósito de estrangular el aire mágico de la poesía. Poesía es emoción, no proposición. Es válido. Lo cierto, empero, es que el poeta es un hombre que necesariamente tiene que meditar. La facultad de conmovernos no supone desterrar del poema los elementos capaces de hacernos pensar. La presencia de un niño nos emociona, y el futuro de ese ser nos colma de reflexiones. Nos inquieta. ¿Es que la poesía no ha de inquietarnos? ¿Es *menos* poesía— es sólo una actitud poética, delicada complacencia destino de la poesía es no inquietar? Meditar ante la poesía es su consagración. Es el poeta que se acomoda a la realidad de su ser, a la condición del hombre que es pensar acerca de las

(4) READ, Herbert, *Sin programa*. Arte, poesía, anarquismo. Reconstructuir, pág. 8.

(5) Aut. y ob. cits., pág. 11.

(6) Recogido de HERBERT READ, *Comunismo esencial*, Ob. cit. Reconstructuir, pág. 30.

cosas en que vive. Y cuando eso ocurre es difícil sustraerse a la meditación, que es, también, reflexión.

Hacia la meditación nos arrastró Horacio Núñez West con su *Canto a la provincia de Buenos Aires*. El primer elogio: Núñez West es un ser meditativo. La meditación, por supuesto, no es un estado de gracia. Es un modo de comportarse ante los hechos que obligan a pensar. La poesía —cierta poesía— es solo una actitud poética, delicada complacencia estética. No reclama compromiso espiritual. Son formas particulares de la evasión ante las problemáticas de la historia. El instrumento poético de Núñez West recoge el registro de una de las voces más altas en la literatura argentina. Cabe perfectamente en una definición que aterra a la mediocridad: es un poeta *comprometido*. Cada una de sus obras —éditas tres— demanda la meditación. Decimos *meditación*, no *interpretación*. La poesía de Núñez West es clara, fluente, conversacional. Meditación en profundidad por cuanto cada uno de sus versos es el continente de un pensamiento de larga elaboración. Y la circunstancia favorable de que el poeta piensa no implica que la poesía deba ser *pensada*. Un pensamiento no es toda la poesía. Lo cierto, sin embargo, es que no existe poesía sin el rigor previo del pensar. Los pensares de Núñez West —que pertenecen a su poesía— son gratos al espíritu vital. Corresponde Núñez West a la estirpe de los grandes sentidores de la vida. No es la vida como creación sino como descubrimiento. En su poesía se advierte el retorno a los asombros de una infancia vigilante. Es el hombre conmovido en plenitud por las horas primiciales que lo contuvieron hasta el apareamiento del ser satisfecho de la vida que lleva realizada. Lo define así el poeta:

El hombre es un reflejo de su tierra.

4

La vida es lo que importa. Mejor aún: el sentido otorgado a la vida. No es la vida la que descubre al hombre. La vida

es una sorpresa. El hombre —que participa de ella— es quien la descubre. A él le toca valorizarla. La instalación en el ámbito vital —existencia, conciencia, creencias— será una de las formas de la definición del hombre. Esta cosa cierta que es la vida, reclama definiciones. *Existir* no es solo *estar*. La vida no es permanencia sino congruencia. Vivir, pues, es una manera de descubrir *nuestra vida* y darle sentido a la vida que nos rodea. El hallazgo de la vida cósmica parte necesariamente de la vida inaugurada. O sea: la vida se revela para quien su *vida* es cosa revelada en sí mismo. Así le fue posible a Horacio Núñez West situarse en la dilatada llanura del oeste porteño. El niño fue sorprendido por dos hallazgos espléndidos: su existencia —hecho importuno— y la importancia de lo existente.

Y canta así:

Erguirse
sobre el propio pasado, y estar vivo.

Es el modo de establecerse en el mundo. La vida no es gratuidad. La soledad del ser fracasa en el momento en que el individuo se dispone a *convivir*. Para ello es preciso interpretar los signos universales, otorgarle voces favorables y sentirse uno mismo parte integrante del cosmos. Ha sido descubierta la unidad creadora porque se tiene ya constancia del Hombre⁷. Eso es lo que ha acontecido con Horacio Núñez West. El asombro inicial se resuelve por la teoría del hombre, la certitud de que el orbe en que reside es su trabajada dimensión. O como él lo dice:

La vida latente de la historia.

(⁷) Únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche desde ese reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador. BUBER, Martín, *¿Qué es el hombre?* Fondo de Cultura Económica, pág. 155.

Y la proeza del ser, ejercitada a lo largo y lo ancho del territorio bonaerense —entendido el indígena en su condición humana— es la afirmación de una voluntad empeñada en ofrecer testimonio de su genio fundador. La geografía —árida, hostil— no puede derrotar el dominio de las manos, la pasión soñadora, el deseo de permanecer en la vida descubierta. Y el hombre de la llanura porteña —indígena, conquistador, mestizo, soldado, colonizador, habitantes todos del silencio— amó el recinto de su aventura. Dióle nombre a las estrellas, a las aves, a las flores, a los pastos, a las aguadas, a las bestias, a las fieras. No fueron seres en fuga, evasivos, irredentos. La tierra los había conquistado. Conquistaron, también, lo que era de la tierra. Amaron. Y en la ardua soledad de cielos y horizontes, compusieron una peripecia humana memorable. Fundaron el territorio de sus esperanzas. Destruyeron a su manera la soledad. Y a partir de esa ofensiva espiritual, las fuerzas —no siempre orgánicas— fueron enderezadas a arraigar el hombre en lo suyo. Han periclitado formas de vida y sistemas religiosos, políticos y económicos. La historia conserva empero el perfil invariable del hombre, aquello que permanece. Lo cierto es que el hombre está inserto en las conquistas de su corazón. No puede ser desterrado. No podrá ser quitado de lo vivo, de lo que es su vida ni quebrar la voluntad colonizadora del ser que no ignora que la vida comienza todos los días.

Núñez West lo dice en los versos iniciales :

Cada hombre
recomienza y prosigue en cada hombre.

Por eso *Canto a la provincia de Buenos Aires* se transforma en un canto a la patria fundamental que es el hombre.

La latitud geográfica logró caracterizar un tipo humano perfectamente individualizable. Provincial. Lo cierto, sin em-

bargo, es que la tierra no basta para engendrar su poeta. Lo sabía Miguel de Unamuno: *Con tierra no se hace poesía, pero no hay poesía sin tierra*. Y el provincialismo literario —o el pintoresquismo folklórico, que es lo mismo— carece de levadura para fundamentar una poesía universal. Lo universal corresponde a la profundidad humana del canto. Que la tierra —el terruño— duela. Es la potencia del poeta. Cuando la tierra se sufre comienza el poeta por vincularse a los problemas del hombre. La tierra —el contorno geográfico de la patria— dice poco al poeta. La patria no es el sumario cielo, la nube ligera, la jornada agreste. Toda la tierra es esa otra patria multánime que compone el hombre.

¿Qué hombre? No, por supuesto, el de un determinado color de piel, o militante de una religión definida, o llegado de cierta región del mundo. El hombre es el fundador. La tierra estuvo siempre. La tierra —y con ella ventura y desventura— aparece cuando el hombre deposita su carga de ilusiones, su fantasía creadora. Y los descubrimientos de la tierra, en poesía, son constantes. El poeta, como el conquistador, tiene que aproximarse a ella, sentirla en el tuétano, dolerle en el corazón, confesarle su enamoramiento. Entonces la poesía tendrá toda la tierra porque en la médula del canto residirá el testigo del tiempo que es el hombre. A esa tierra universal acercóse Horacio Nuñez West. El *Canto a la provincia de Buenos Aires* es el canto a la aventura universal del hombre, a su fe obstinada, a su conflicto perpetuo, a la pertinacia por enraizar en el paisaje insumiso, a ser él, en suma, el vencedor de sí mismo. Lo dice el poeta:

La tierra es reino
para la posesión enamorada.

6

La literatura universal que perdura tiene acento universal. Es una comprobación entrañable: *Facundo*, *Una excursión a los indios ranqueles*, *Martín Fierro*, fueron los hallaz-

gos de una pasión recóndita. Sarmiento, Mansilla, Hernández brotaron de la llanura (*). No son escritores de esa ínsula baldía de ideas que es Buenos Aires capital. Lo suyo —su obra— fue el testimonio de un tiempo difícil, fue el contacto con una parte del ser nacional —hombre-soledad— que se daba sobre el desierto legítimo. Era la frontera inconquistable para quienes se encontraban de espaldas al país. Esa frontera no era un límite abstracto. La frontera que midieron los tres escritores estuvo hecha de criatura humana, es decir, de fermento universal. Y con ese fermento compusieron sus obras. Las tres responden a concepciones personales de la vida y de las cosas. Los tres —Sarmiento, Mansilla, Hernández— fueron hombres apasionados. No ponderamos sus valores diversos. Lo indudable es que la autenticidad del escritor se logra en la medida en que se identifica con la tierra a través de los conflictos y las hazañas de sus habitantes. Es

(*) El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundándose con la tierra entre los celajes y vapores tenuous que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en el que acaba y principia el cielo. SARMIENTO, *Fuendo*, La Cultura Popular, Bs. As., 1933, págs. 43/44.

—Nuestros paisanos, los acostumbrados a cierto género de vida, tienen al respecto una resistencia pasmosa. Verdad que ¡qué fatiga no resisten ellos!

Sufren todas las intemperies, lo mismo el sol que la lluvia, el calor que el frío, sin que jamás se les oiga una murmuración, una queja. Cuando más triste parecen, entonan un airecito cualquiera.

Somos una raza privilegiada, sana y sólida, susceptible de todas las enseñanzas útiles y de todos los progresos adaptables a nuestro genio y a nuestra índole. MANSILLA, Lucio, *Una excursión a los indios ranqueles*, Tor, pág. 14.

—Me he esforzado, sin presumir de haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar; dotándolos con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderado hasta el crimen y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado. HERNÁNDEZ, José, *Martín Fierro*. Prólogo de la primera parte, Biblioteca Argentina, 1942, pág. 247.

menester para ello penetrar la región remota, transitar su suelo, oír al hombre, pulsar sus intimidades. Y si esa criatura desvalida —indio o gaucho— se mete de algún modo en el corazón, se está ya en condiciones para pronunciar la palabra que no será olvidada.

No fueron olvidados Leopoldo Lugones, Benito Lynch y Horacio Quiroga —poeta, novelista y cuentista— que maduraron sus sueños en el interior del país. Las voces duraderas fueron los acentos de su experiencia social en medio de los hombres (9). La riqueza espiritual adquirida le prestó hon-

(9) Nada más que una cosa quería el jinete: correr. Nada más que una cosa sabía el caballo: correr. Y de este modo el caballo constituía el pensamiento de su jinete.

Aquellos hombres se rebelaban despertados por el antagonismo entre su condición servil y el individualismo a que lo inducía la soledad, el caso de bastarse para todo, que ésta implicaba y el trabajo reducido a empresas ecuestres. El silencio de los campos se les apegaba, así sus diálogos no excedían de dos frases: pregunta y respuesta. Sus conversaciones limitábanse a algún relato que los oyentes apoyaban con ternos. En las ocasiones graves departían meditando en alta voz. Si discrepaban, el choque de los juramentos antecedía brevemente el de los puñales. Y sólo borrachos reían. LUGONES Leopoldo, *La guerra gaucha*, Emecé, pág. 16.

—Al llegar aquí Pantalión, que tranquilaba al lao de doña Julia muy serio y muy tieso en su malacara grandote, se atrevió a contradecir a la madre

—Yo —dijo poniéndose colorao— yo no soy de su impinión mama...

La señora vieja lo miró extrañada:

—Ah! ¡Ah! Y por qué?

—¡Caray! mama, usted habla de estas cosas del amor como si juecen cuestión de negocios o de cálculos...

—Y de ahí?

—Y de ahí, que pa mi modo de ver, el amor es una cosa muy distinta. Debe ser algo tan grande que por fuerza ha de estar pu encima de todas las mezquindades... ¡Qué diantre! Yo creo que cuando se quiere endeveras no han de ser menester ni mañas ni malicias, ya que todas las facultades del hombre se dueblan... se han de doblar pal mismo lao como se dueblan los pastos que paina el viento... LYNCH, Benito, *Romance de un gaucho*. Tomado de un fragmento aparecido en la revista *Sagitario*, n° 2, La Plata, 1925, págs. 140-141.

—Corrió, por primera vez en su vida, reservándose, aprovechando cautamente del viento y las largas sendas regulares. Nadie lo notó —por ello fue acaso más aclamado que nunca— pues se creía ciegamente en su salvaje libertad para correr.

Libertad... No, ya no la tenía. La había perdido desde el primer instante en que reservó sus fuerzas para no flaquear en la carrera siguiente. No corrió más a campo traviesa, ni contra el viento. Corrió so-

dura para componer sus obras consagratorias. Y en aquéllas y éstas, persiste el tema cálido puesto que no han olvidado un continente: el hombre. Indio o gaucho, el hombre de la llanura fue clausurado por los intereses hegemónicos de la oligarquía. Los escritores, oriundos de la tierra, exaltaron la naturaleza humana de seres —románticos, soñadores, amantes, laboriosos—, acerca de los cuales perdimos su fisonomía pero quedó la impronta de su voluntad, hecha memoria del hombre innominado, por eso mismo universal, que puso de pie la encarecida realidad que es el hombre de este tiempo⁽¹⁰⁾.

Un poeta joven vuelto hacia la tierra y su hombre cósmico es Horacio Nuñez West. Nació en la llanura bonaerense. Se aquerenció al paisaje y sus habitantes. Se sintió hermano de todo lo existente. Muchacho todavía, el poeta fue expatriado. Los familiares se instalaron en La Plata. Y en el soñador comienzan a corporizarse las vivencias de su infancia rural⁽¹¹⁾. De cómo le dolió la llanura del oeste —amor entrañable a un mundo real que le enseñó a sentir los beneficios de la vida y la quijotesca decisión de avanzar hacia los horizontes— se confiesa en el *Canto a la provincia de Buenos Aires*.

Valga pues su definición:

Ser hombre de provincia significa
tener un corazón comprometido
el sentimiento a flor de piel y vida
y la razón detrás, para servirlo.

bre sus propios rastros más fáciles, sobre aquellos zig-zags que más ovaciones habían arrancado. Y en el miedo, siempre creciente, de agotarse, llegó un momento en que el caballo de carrera aprendió a correr con estilo, engañando, escarceando, cubierto de espumas por las sendas más trilladas. Y un clamor de gloria lo divinizó. QUIROGA, Horacio, *El potro salvaje*. Cuentos, La Bolsa de los Libros, págs. 115/116.

⁽¹⁰⁾ Mucho antes Benito Lynch vivió pareja aventura campesina. En la raigambre telúrica de la poesía de Nuñez West se descubren atisbos semejantes en torno a la naturaleza humana del morador de la pampa. (N. del A.).

⁽¹¹⁾ No cabe ser niño en dos países, y hay que haberlo sido en alguno y seguir en él, en cierto modo, siéndolo para ser poeta, pues es el poeta quien más a flor de piel tiene su infancia. UNAMUNO, Miguel de, *Arte y cosmopolitismo*. Ensayos, T. II, Aguilar, pág. 1168.

II. PRESENCIA, CATEGORÍA DE TIEMPO

La indagación acerca del tiempo reveló que la filosofía, en su más dilatado confín, instaló el tiempo en el movimiento. Fue un tiempo situado en el espacio, entendido el espacio como *estadio, carrera*. Fue un tiempo en el cual el hombre era sólo su observador. La filosofía sometió a examen la realidad contigua con abstracción del hombre pues este no ocupaba aún el centro de los problemas espirituales. El tiempo era un tiempo de la naturaleza.

Lo cierto es que el tiempo reclamó su sitio en la cultura. Los filósofos se preocuparon por contenerlo en un concepto. Platón dijo: *El tiempo es la imagen móvil de la eternidad*. Persistía la idea del tiempo como movimiento. Fue San Agustín, empero, quien situó el tiempo partiendo del hombre en sus tres regiones: futuro, presente y pasado. Dice: *El alma y no los cuerpos es la verdadera medida del tiempo. Espera, atención y recuerdo son pues por así decirlo, la entraña misma de la temporalidad*. Para la especulación agustiniana, el alma —no el individuo— sentía la angustia del tiempo. En su alma —no en su razón— se registraban los acaeceres a-históricos. Todo era móvil. En cambio, el individuo permanecía estático.

De idéntica manera entendiéndose el espacio en la llanura bonaerense. Don José Hernández —que murió sin haber descubierto al hombre argentino— sintióse desasosegado por las problemáticas del tiempo. A su héroe ignaro transfirióle taña reflexión filosófica:

El tiempo sólo es mudanza
de lo que está por venir...

Porque el tiempo es una rueda,
y la rueda es eternidá...

En cierto modo, el gaucho de Hernández contiene a la criatura agustiniana, sin alteridad ni voluntad. La conduc-

ción de su existencia —desprendido por pura comodidad de la dinámica de su tiempo convulso— fue un modo de ver la vida y el hombre argentino que tuvo don José Hernández. Quedó éste sin saber que el espacio-tiempo histórico no es otra cosa que la presencia del hombre, ilustre agonista de la realidad nacional.

Esta pura presencia accionaria es la que rehabilita en el poema Horacio Nuñez West. El canto no está asediado por presupuestos metafísicos. Eneajado el autor en el vértice de un país vegetal y optimista, poeta de mañana ⁽¹²⁾, descubrió la aventura del hombre rural bonaerense en un lapso prolongado de la historia. En el tránsito de la espera al recuerdo —para San Agustín, futuro y pasado— halló Nuñez West que la historia no tiene *presente* o *atención*. Desapareció en la evocación poética uno de los tres momentos del tiempo, el *presente* fundador. Ese momento se convirtió en *presencia*, sola presencia del hombre. Y se establece pues la dimensión de un hallazgo consolador en la poesía argentina: el *tiempo* histórico nacional es un tiempo del hombre, su arraigo a las cosas de la tierra, orgullosa evidencia de la voluntad trabajada.

Tal es la realidad del hombre bonaerense, el prodigio de su hazaña, su lección comunicable: arraigar en los aires, en los sueños, en la tierra por esa vocación de ser-en-sí-mismo, elemental y profundo, fundador de hombres y de pueblos de hombres. La imagen de ese ser es la que nos trasmite el poema: un hombre sin títulos, sin cargos, sin funciones, sin nombre propio, sin datos de origen, sin batallas, sin odios, sin derrotas. Es el hombre anónimo argentino, la constelación de seres presenciales, sin crímenes innecesarios, rencores hondos, filosofías imposibles. Un hombre así de simple pero apto para llenar todos los instantes de la historia universal con la

⁽¹²⁾ Quien escribe y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas, GONZÁLEZ PRADA, Manuel, *Pensamientos*, Arco Iris, pág. 32.

presencia de su ser, pura patria fundamental. Eso mismo que nos permite modificar la sentencia de Platón: *El hombre es la imagen perfecta de la eternidad.*

III. LA PROVINCIA, DIMENSION NACIONAL

El poema de Horacio Núñez West es un canto general, o, lo que es lo mismo, un canto a la raza, al origen. La provincia adquiere así dimensión nacional puesto que la hazaña del hombre bonaerense, en cierto modo, corresponde a la proeza social del continente argentino. Buenos Aires es lo original en el difuso mapa nativo. Al penetrar pues en el hondo pensamiento rector del poema, se advierte que el hallazgo realizado por Cristóbal Colón no constituyó el descubrimiento de otro mundo. Encontró tierra. Los habitantes de estas tierras no alcanzaron a ser los elementos necesarios para interpretar la existencia de un mundo nuevo. Optaron por la tierra y olvidaron al hombre. De esta suerte, el descubrimiento de América se realizó tiempo después. Ocurrió en la hora en que el indígena se rebeló frente al intruso y reivindicó para sí el gobierno de su íntimo destino. Apareció el hombre con su voluntad de ser y hacer. Lo indígena mantuvo la condición humana, que le fue negada. La facultad de rebelión no es un fenómeno de cultura. Es lo que está en la sangre, lo que pertenece a la raíz del hombre. Por eso cuando el poeta se propone enumerar en el canto las hazañas del litoral rioplatense, no puede omitir la presencia del indio, el sorprendido nativo que agasajó al primer fundador de Buenos Aires. El indio penetra en el poema con los atributos de su jerarquía humana. Es una actitud de rescate de Núñez West hasta devolverle la condición de hombre, reintegrarlo al cosmos. Es la forma de entender la patria, de comprender su desarrollo. La tierra es sorda. Si alguna vez responde es cuando la hiere la voluntad jornalera. Dice el poeta:

Tierra no poseída es tierra estéril
aunque le nazca el fruto por milagro.

Interpretar la historia en el canto es regresar a la hora primera, a la hora augusta del hombre. Es decir al indio (13). Este no es el ser despreciable de José Hernández o Hilario Ascasubi, agonistas a su modo en el conflicto planteado por la oligarquía naciente. El joven poeta restablece un sentimiento de respeto al ser primordial:

De qué barro ancestral, de qué impetuosa
partícula de tierra humanizada
brotaba un indio... (14).

(13) Una antropología filosofía legítima tiene que saber no sólo que existe un género humano sino también pueblos, no sólo un alma humana sino también tipos y caracteres, no sólo una vida humana sino también edades de la vida; sólo abarcando sistemáticamente ésta y las demás diferencias, sólo conociendo la dinámica que rige de cada particularidad y entre ellas, y sólo mostrando constantemente la presencia de lo uno en lo vario, podrá tener ante sus ojos la totalidad del hombre...

Así como le es menester a esta antropología filosófica distinguir y volver a distinguir dentro del género humano si es que quiere llegar a una comprensión *honrada*, así también tiene que instalar seriamente al hombre en la naturaleza, tiene que compararlo con las demás cosas, con los demás seres vivos, con los demás seres conscientes, para así asignarle, con seguridad, su lugar correspondiente. Sólo por este camino doble de diferenciación y comparación podrá captar al hombre entero, este hombre que, cualquiera sea el pueblo, el tipo o la edad a que pertenezca, sabe lo que, fuera de él, nadie más en la tierra sabe: que transita por el estrecho sendero que lleva del nacimiento a la muerte; prueba lo que nadie que no sea él podrá probar: la lucha con el destino, la rebelión y la reconciliación y, en ocasiones, cuando se junta por elección con otro ser humano, llega a experimentar en su propia sangre lo que pasa por los adentros de otro. BUBER, Martín, *¿Qué es el hombre?* Fondo de Cultura Económica, págs. 20/21.

(14) El cacique Ramón es hijo de indio y de una cristiana de la Villa de la Carlota.

Predomina en él el tipo de nuestra raza.

Es alto, fornido tiene ojos pardos, cabello algo rubio, ancha frente y habla muy ligero.

Es en extremo aseado.

Viste como un paisano rico

Quiere bien a los cristianos, teniendo muchos en sus tolderías y varios a su alrededor.

Tendrá cuarenta años.

Todo su aspecto es el de un hombre manso, y sólo en su mirada se sorprende a veces como un resplandor de fiera.

Es de oficio platero; siembra mucho todos los años, haciendo grandes acopios para el invierno, y sus indios lo imitan.

Su padre ha abdicado en él el gobierno de la tribu. MANSILLA, Lucio, *Una excursión a los indios ranqueles*, Tor, pág. 59.

Sentir así al indio es comenzar a ver de otro modo las cosas. Es una aproximación hacia la verdad, una manera de percibir que el indio nos pertenece en lo fundamental. Es devolverle al pasado su naturaleza dinámica.

El desierto cedido por el indio
era en el fondo su desquite, un rumbo
por el que el porvenir se desangraba...

En su manera de dejar la tierra
hubo una conducción, más que una fuga;
un modo de imponer, sin calcularlo,
un desorden febril...

El poeta confiere al indio una dimensión fundadora. Clausuradas por la codicia las vertientes creadoras de lo indígena, el aborigen organizó la resistencia. Es verdad que el español no abastecía tendencias reguladoras de una vida nueva sobre la América inédita. No llegó para descubrir sino para imponerse. La barbarie no fue privilegio del indígena (15). La primera sangre vertida en la conquista brotó del pellejo nativo. Y sacerdote hubo —Juan Ginés de Sepúlveda— que admitió que *la guerra a los indios es lícita cuando está destinada a propagar el evangelio* (16). Por su parte, *Cortés y Pizarro permitieron el canibalismo entre los indios a fin de subsistir ellos* (17). En una ocasión un fraile pugnaba por adoc-trinar a un indio, el cual, fastidiado, arrojó la Biblia al suelo. *El fraile* —anota William H. Prescott— *escandalizado del poco respeto con que había tratado (el indio) el libro sagrado, se fue a Pizarro y le dijo ¿No veis lo que pasa?; salid a él que*

(15) No es verdad que los indios de México mataron cincuenta mil en sacrificio al año, sino veinte apenas, que es menor de lo que mata España en la horca. No es verdad que sea gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos. LAS CASAS, Bartolomé de, (Tomado de *El desarraigo argentino* de Julio Manfred. Americalee, pág. 18).

(16) (17) Tomados de obra y autor citados, pág. 27.

os *absuelvo* (18). La clave de la conquista era simple; o el indio tornaba a ser esclavo, o perecía. La metafísica escolástica y la idea del Bien, perdieron vigencia en tierras sin Dios. El aniquilamiento del indio respondió a una concepción bárbara de la economía colonial. Véase lo que sigue: *El 17 de Diciembre de 1617, se apersonó a las autoridades el contador de la ciudad de Buenos Aires, D. Cristóbal Pérez de Aristegui, pidiendo se pusiera remedio al excesivo precio que pedía D. Antonio Moyano por alquilar a los indios de su propiedad. La justicia tenía presos por delincuentes a indios que los había entregado a Moyano para que los arrendara* (19). Exento de consideraciones (20), el indio fue un hombre que demandó el respeto a su condición humana. Y la gesta llevada a cabo tiene la grandeza épica de los movimientos que tienden a restablecer el ejercicio de la justicia. Fueron exterminados. Pero la aventura indígena frente al despotismo vuelve hecha lección con la historia. Y el poeta advierte en el canto emocionado *el desquite del indio* porque

En su manera de dejar la tierra
hubo una conducción, más que una fuga,
un modo de imponer, sin calcularlo,
un desorden febril...

Fue el desorden de las grandes construcciones. Bueno es aceptarlo. La reconstrucción de la historia no puede ignorar los aportes subjetivos del indígena. Y si la sangre argentina contiene una porción de sangre india, lícito es que al cantar a la serena imagen de la patria primaria, le sea devuelto a lo

(18) MAFUD, Julio, *El desarraigo argentino*, pág. 27.

(19) *Diario Clarín*, 15 de abril de 1959, Bs. As. (El señor Pérez de Aristegui no postuló en favor del indio, no protestó por su esclavitud... solicitaba *remedios* al excesivo precio que fijara Moyano por su alquiler. O sea: que se le permitiera la cristiana misión de explotarlos él con el menor desembolso posible (N. del A..).

(20) ...más el valor, los hechos las proezas / de aquellos españoles esforzados, / que a la cerviz de Arauco no domada / pusieron duro yugo por la espada. ERCILIA, Alonso de, *La Araucana*, T. I. Clásicos Americanos, pág. 7.

indígena el rango de dignidad y que participe plenamente con todo lo suyo en el canto a la patria fundamental, en el poema del hombre.

La Conquista reclama un símbolo poético. Es éste:

Un gran carancho suspendía la sombra
de sus alas abiertas sobre todo:
una espera rapaz, un hambre innoble
que anticipaba el fin de cada vida...

Y la síntesis de la torva aventura:

No era un afán creador, la fe fundada
sobre el orden del alma...

Era el caos
de la ambición que se desata a ciegas...

Con sangres que no ansiaban proyectarse
sino saciar su sed interminable...

Los españoles no fueron movilizados a través de esquemas creadores. La conquista de América no fue una aventura del espíritu lúcido. Una inagotable historia de crímenes revela que se mató con frenesí homicida. No existió un *orden del alma*... Pudo más la codicia que el corazón. Lo que importaba para el conquistador era lo que existía. Fracasada la búsqueda del oro, el español reparó en la tierra. Tomó posesión de ella. El indio había de servir para extraer la cosecha de los tesoros ocultos. Es cuando aparece la fórmula de dramática alteridad: tierra-indio-gaúcho. El español había omitido deliberadamente el descubrimiento de la tierra. Y cuando todo indicaba que la aventura española había agotado sus últimas energías sobre

La heredad inconquistada...

el hombre americano retoma el impulso inaugural de la conquista y establece la importancia de vivir.

La voluntad del hombre se levanta
sobre ruinas candentes y prosigue
su conquista obstinada de la tierra.

Sobre ella, se encuentran ya el indio y el gaucho:

Se levantó un extraño ser, un hombre
partido ya en la sangre, criatura
con un potro en el alma y un ancestro
de vagabundo heroico...

El indio estaba
redivivo en su sangre, y en su alma
bullía la memoria de otra raza.

Su ser sin porvenir y sin pasado.

La rebelión dormida en lo más hondo.

Una violencia liberada, un modo
de combatir contra su signo adverso,
le dió destino a su energía ociosa...

Y penetró en la historia que empezaba
como la sombra de una larga culpa...

A expensas del indio y del gaucho, prosperó el terrateniente y

Sobre la pampa irguió su frente altiva
la potestad suprema del Caudillo... (21).

(21) Los señores feudales tenían el nombre de *caudillos*, agrupándose los más débiles en torno de los más poderosos para constituir facciones políticas inorgánicas, no movidas por intereses o ideales comunes, sino por pasiones personales. Este régimen político, llamado *caudillismo*, análogo al *caciquismo* español, fue la natural superestructura política de un régimen feudal. INGENIEROS, José, *Sociología argentina*, Losada, pág. 51.

Y se hizo posible el segundo despojo:

Diminutas estrellas se posaron
sobre alambrados que circunscribían
esa tierra ideal que era de todos,
pero quedó apresada en las gavetas
donde varó su título primero...

Leguas de campo concedido a ciegas
sobre un mapa no menos ilusorio...

Y sobre la tierra original y fértil, la audacia ensayó con
óptimo resultado la empresa patrimonial:

Nada quedó sin sello posesivo
sin marca del azar, sin el estigma
de la palabra *mío*...

Tierra, animales y hombres cayeron en propiedad feudal.
Es una parte de la realidad social que ignoró don José Hernández
hacia 1872.

Crecieron puestos y nació la chacra
con su alma de peón enajenado... (22).

Pero el hombre de la tierra aún permanecía con su porción de espíritu libérrimo, esa posibilidad indudable de fundar una plenitud humana si la distribución de la tierra (23) se hu-

(22) Es uno de los tantos crímenes del terrateniente argentino: haber mantenido en la abyección, sumida en la miseria moral, cooperando en la ruina definitiva de una raza bella, viril, inteligente y con serias cualidades de carácter. GARCÍA, Juan Agustín, *La ciudad indígena*.

(23) La política argentina ha sido durante el siglo XIX el monopolio de una clase social, propietaria de la tierra, a cuyo lado vivían turbas de mestizos que nunca fueron una clase media ni un proletariado. Todas las luchas civiles y las variaciones políticas se han efectuado entre oligarquías pertenecientes a la misma clase privilegiada: los unitarios eran un partido liberal de la oligarquía porteña, en lucha con otras oligarquías feudales embanderadas en el federalismo. Al pasar de la clase feudal a la agropecuaria, el porvenir político del país ha cambiado por la incorporación de una gran masa inmigratoria de raza blanca... INGENIEROS, José, *ob. cit.*, pág. 68.

biera concretado de acuerdo con las normas establecidas hacia 1815 por don José Gervasio Artigas (24).

Lo ve así Horacio Núñez West, y es lo cierto:

(El gaucho no cambió. Seguía siendo
el amo de la pampa, como el viento
pudo sentirse dueño del espacio.
Pero la tierra que pisaba huía
constantemente bajo su caballo
hacia otras manos que la retenían) (25).

IV. LA TIERRA, HARINA DE PAN

El gaucho no cambió... No tenía por qué mudar. Era la expresión de una *raza bella, viril e inteligente* (26). Mantuvo las características de su individualidad. Permaneció invariable a las corrientes frustráneas. Siguió en hombre, fiel al destino de

un hombre que ha vivido la llanura

(24) En el Reglamento el Jefe de los Orientales tuvo presente el problema de la despoblación rural, drama de aquel entonces. de ahora. Nuestro campo era un vasto desierto apenas habitado por el hombre... Trató de fijar en la tierra a los *hombres sueltos* proporcionándoles la seguridad de un techo y una ocupación estable. Comprendió que las grandes extensiones de tierra en manos de un solo propietario que se desinteresaba del trabajo, eran improductivas y antieconómicas. Decidió subdividir las de manera tal que el núcleo familiar pudiera sentarse sobre cimientos firmes y que la labor agropecuaria rindiera frutos tanto al trabajador como a la Provincia. FELDMAN, Miguel, *Artigas y nuestro campo en 1815*. El Sol, 22 de abril de 1960, Montevideo (R. O. del U.)

(25) Para ilustrar rápidamente lo que decimos, citaremos dos o tres ejemplos de la forma en que se ha administrado riqueza tan considerable y esencial como es la tierra. En 1815 ya, el Cabildo de Buenos Aires dona a don José Ezeiza noventa y tres leguas cuadradas; en 1835 se le regala al tirano Rozas la isla de Choele-Choel, pero como no la aceptara, se le ofrece y acepta en cambio la donación de cuarenta leguas cuadradas en la Provincia de Buenos Aires. Mediante la sanción más tarde de 51 leyes especiales, ciento cincuenta y cuatro personas (cuyos apellidos se pueden encontrar en la lista de abonados a los palcos del Teatro Colón), que nunca colonizaron, recibieron porque sí, en donación, sin el menor justificativo, sin más razón que ser apadrinados por malos políticos, 2.828.317 hectáreas. De esas 154 personas, 70 eran militares de alta graduación; 20 generales, 38 coroneles, 10 tenientes coroneles y dos mayores. ANGUEIRA, Miguel Angel, *El problema de la tierra argentina*. Revista *Hombre de América*, nº 5, julio 1940, Bs. As., pág. 16.

(26) JUAN AGUSTÍN GARCÍA.

y en la certidumbre de que

el hombre debe recibir la tierra.
Pero la pampa sigue su contienda,
y su esencia no cede en lo profundo.
Si una ciudad la cubre, no se extingue
su fuerza imponderable; aguarda siempre
su renacer en vegetal o en aire...

Escuchó las voces fieles que le reclamaban permanecer
en lo suyo. Y se quedó. Extranjero en su tierra —como el in-
dio— pero no extraño a los mandatos de su vocación civil.

La pampa sigue su contienda...

Y en esa contienda de la llanura ardiente y exigente —
montado o sin cabalgadura, jornalero siempre— rindió su es-
fuerzo a la conquista de la tierra por el trabajo honrado. Y se
sentía satisfecho por la manera en que la pampa respondía a
su aliento en

su renacer en vegetal o en aire...

La tierra no se queda con aquello que fue depositado en
sus entrañas. La pasión con que en ella se reside tiene su re-
compensa. Todo regresa al cauce de la energía fecunda. Es
posible que por algunos instantes el hombre se hubiese sentido
desasido en la llanura que no pudo dominar. Lo cierto es que
su tentativa de fuga no fue más que el ademán. Finalmente,
retornará a su tierra porque la tierra se gana con amor:

Porque el hombre se alfa —no se liga—
por la corriente de un amor fecundo.

Cuerpo de un instrumento para el canto
que nace de la dicha de estar creando:
Tómelo el hombre y cambie para siempre
la sinrazón de su tristeza enorme.

La proyección social del campesino bonaerense —su pasado y su futuro— en la evolución de la sociedad argentina, no alcanzó a ser interpretada por José Hernández. La acritud maleva de Martín Fierro —matador de indios y gauchos— no corresponde a la plenitud espiritual que animó el quehacer fundador del individuo de su tiempo. No todo pudo ser deserción. De igual modo, no todo fue codicia. Hubo un fervor unánime en una dirección creadora. Combináronse los esfuerzos redentores. Y aun cuando una legislación de mercaderes sancionó la posesión fraudulenta de la tierra, seres los hubo que aguaitaron el porvenir del hombre por cima de transitorios quebrantos de la vida independiente. El individualismo errante es otra forma de la tierra estéril. Fue menester desmontar. Y desmontaron. El gaucho —como el indio— canalizó su desquite. El caballo y la vida anárquica, constituyeron una remembranza sutil. La existencia sedentaria suscitó otros estímulos. Intuyó el campesino que participaba en la fundación de una esperanza, su esperanza. Había hallado el sentido universal del hombre.

Lo dice el poeta :

El llano, ahora, es tierra parcelada
y el viento es menos libre, pero canta...

Es el destino de hoy en América toda. El sentimiento de la libertad es válido en la medida que compromete al individuo con la propia libertad. Es preciso que la libertad tenga un sentido. Ganarla de alguna manera. Y si la decisión andariega del gaucho fue un producto de circunstancias concurrentes hacia la evasión, en esa fuga aparente de la realidad se diluía el perfil de un hombre noblemente abastecido para las más arduas empresas. El trabajo fundóse en la explota-

ción. De cualquier modo, la recuperación de las energías dispersas pudo hacerse a través del trabajo.

...y el viento es menos libre, pero canta...

La perspectiva del libre albedrío le fue retaceada. El gaucho no pudo moverse en la amplitud de sus resortes anímicos. No perdió, sin embargo, la facultad del canto. En la vitalidad de ese canto reside la potencia del futuro. No importa mucho que

La tierra inabarcable, distribuida
sobre un mapa de sueño para el amo...

no sea su propia tierra. Es suya puesto que en ella trabaja. Inconcientemente el campesino porteño va madurando la certeza de un pensamiento insurgente: *la tierra debe ser de quien la trabaja* (27). Es una ideación de plena futuridad.

...distribuida
sobre un mapa de sueño para el amo...

No especula el poeta con la tierra del propietario sino la *tierra del amo*. Es decir, otorga al vocablo el sentido cabal que tenía para los germanos la palabra *man* o *mann* como expresión de hombre superior, que tiene dominio o autoridad sobre otro. Un aspecto sutil del feudalismo porteño que delicadamente omitió don José Hernández en su atisbo sociológico. Empero, la vida siguió discurriendo sobre la llanura pamásica en un tráfico de injusticias y rebeliones sordas. Es la vida que canta el poeta:

(27) La riqueza argentina por excelencia era la tierra y las vacas que llevaba encima, y Rivadavia quiso evitar la plaga del latifundio, intentando entregar la tierra a quienes la trabajaban con sus manos. Esa fue la Ley de Enfiteusis, que debía fracasar y fracasó porque iba contra una tradición de siglos de feudalismo peninsular y colonial. FRANCO, Luis, *Antes y después de Caseros*, Editorial Reconstruir, Bs. As., pág. 38.

La tierra inmóvil de otros días, vibra
de temblor animal, y el viento corre
sobre siembras de aroma sustancioso
como el alma del pan que está en el aire.
La antigua sangre hispánica y la india
se fundaron y crearon otra estirpe.

Es preciso dar categoría a dos enunciados eminentes: no hubo más oro en América que el que guardaba la entraña de la tierra fértil, y la preservación del continente fue posible merced a la combinación de dos fuerzas extrañas —la otra estirpe— pero aptas para el trabajo honrado, que el inelmente feudal transformó en ominosa servidumbre. En la epopeya, Núñez West es, sin duda, el primer poeta que postula *otra estirpe* en el llano bonaerense.

La tarea sencilla pero ruda
y la noción de ser en sí una raza,
fueron callando la pasión del hombre
que se fundó sobre el rencor lejano...

El gaucho conservó su alma altiva.
En su trabajo-juego descargaba
los restos de una herencia demoníaca...

Domaba
en cada potro el que llevaba adentro
y en el candente hierro proyectaba
sobre la piel su marea de dominio...

Habíanse modificado ya los caracteres y las tendencias individualistas. Otras formas de la vida en común andaban por la pampa. El futuro —que no es otra cosa que la pasión del hombre por ensayar nuevos estilos de vida— cuajó por un intenso ejercicio de la voluntad creadora, capaz de dominar finalmente a las fuerzas ciegas.

América era un suelo renovado
pero había que crearlo de la nada...

Por eso

El labrador fue *gringo*...

El adjetivo *gringo* no mantiene para el poeta el acento peyorativo que le reservó José Hernández en *Martín Fierro*. Lo gringo pugnó por darle a América el aire de

un sueño renovado

sueño que, por supuesto, debe surgir de la nada:

Echar simientes en flamantes surcos
y esperar la respuesta de la gleba.

Tal el prodigio de Buenos Aires provincia, válido para todo el continente, revestido en aires de desquite por los nativos que establecieron, de este modo, los atributos de su condición ingénita: odiaron y amaron como hombres.

V. LO VIVENCIAL, JUGO DE CORAZON

El poema de Núñez West se embellece con las vivencias del poeta en la descripción de la pampa porteña:

Un corazón jugoso de sandía
se diluye en la atmósfera de enero.

Y recorre un largo itinerario de aves, animales, lagunas, aljibes, bombas, molinos, frutos, mariposas, baba del diablo, luciérnagas, arañas, murciélagos, buhos, lechuzas, la escarcha

y un crugido fresquísimo de escarchas
pisadas por el alba...

y el frío seco y rural

Y una respiración hecha visible
cuando el aliento se convierte en humo...

Luego la vegetación: flores, álamos, eucaliptos, paraísos

cuyo nombre nunca
llegamos a explicarnos claramente...

el arbusto, el yuyo, el abrojo, la ortiga, el hinojo, la lengua de vaca, la menta y el cedrón, los cañaverales. Seguidamente, el recuerdo del recado y la comparencia de nombres familiares: la carona, el mandil, la cincha, el freno, los bastos.

Delicadamente afectivo el retorno al campo y sus madrugadas, las lluvias, las tormentas, el arco-iris, la vida refugiada en los galpones, la cocina, los fogones, las tortas fritas:

Y a los paisanos con su parloteo
chisporroteando infatigablemente,
como les brota de la sangre misma
su manantial de gracia y su manera
de hacernos sitio donde no lo tienen...

Retoma el aire de legítima poesía el poema en la travesía vivencial por la tierra transformada y adquieren autenticidad los campos de mies, de lino, de girasoles, de alfalfares o parvas, las trojes, el maíz rubicundo, las gavillas, la trilla, el trigo, el tambo, las voces del arreo, las granjas, las cabañas y los caballos en las praderas:

Porque mirar la tierra que se habita
para llegar a todos sus rincones
y estar dentro de la tierra imaginada,
es alcanzar esa hermandad que exige
la fundación entera de la patria.

VI. CIUDAD FABRIL, SEPULCRO Y REBELION

La provincia desprendióse de la ciudad de Buenos Aires (28). La capital federal se transforma en un señuelo para

(28) Pero la verdad fue otra: la República pasó a integrar Buenos Aires. Buenos Aires ocupó el lugar de Europa en la República. En 1880 triunfó Buenos Aires y agonizó el Interior. Desde esa fecha hasta la actualidad, *España volvió a conquistarnos*. MAFUD, Julio, *El desarraigo argentino*. Americelee, págs. 112/113.

la codicia provinciana. Es el mercado de los entusiasmos fáciles. El industrialismo desató una psicosis de enriquecimiento apresurado. Y el poeta advierte la indiferencia de la urbe por el encendido fervor del jornalero rural:

Es algo más que un río que lo aparta
y algo más que un deseo el que los une...
En torno a él están los que emigraron
en su propio país detrás de un sueño
fundado en injusticias y cansancios...

Y la ciudad fabril, por supuesto, es el sepulcro de los mejores sueños y el origen de las rebeliones más hondas:

El hombre desprendido de la tierra
con su raíz desnuda y su esperanza
agriándose hasta ser resentimiento.
Es la evidencia cruel o solapada
de los contrastes en su llaga viva,
lo que le hace sentirse como alguien
a quien tocó la parte envilecida.

La decepción amarga es consiguiente:

En vez de la planicie que encontraron
aquellos que pisaron tierra virgen
y un desierto ofrecido sin engaños,
hallaron otra soledad en medio
del esplendor incierto de una vida
que buscaba horizontes invisibles.

La voz del poeta se interrumpe bruscamente. La canción enmudece porque hay una sombra densa que se proyecta sobre el alma argentina:

Cómo cantar cuando se piensa en ellos
si son también provincia postergada,
triste carne caída ante las puertas
de una opulencia que les es extraña...

Y el puerto, la llave ganzúa con la cual se violentó la economía nacional y el espíritu de la patria :

A través de aquel puerto omnipotente
que enviaba al exterior, en las bodegas
insaciables y ajenas, lo más nuestro :
la condición naciente de la stirpe...

La *condición naciente* enraíza en las postulaciones de Mayo y en la independencia política, postergada por la codicia de la oligarquía agropecuaria ⁽²⁹⁾ que conservaba su latitud económica en las barrancas del Sud.

2

El creciente desarrollo del capitalismo industrial reemplazó las barracas por las fábricas. Las barracas representaron

otras formas creadoras, otras fuentes
de las que había de manar futuro...
Hasta que en lento despertar se alzaron
las fábricas primeras. Comenzaba
una nueva conquista de la patria...
Hasta que alguna vez se comprendía
el sentido invasor de aquellas formas
que oponían su rígido contorno
al movimiento libre de la vida.

(29) No obstante, aquella oligarquía tuvo la inteligencia y el patriotismo de preparar la democracia contra su propio interés, comprendiendo que iba en ello la grandeza futura de la Nación. Así supo constituir por esfuerzo enteramente propio, con individuos exclusivamente suyos, los fundamentos de la sociedad democrática: la instrucción pública, la inmigración europea, al aumento de la riqueza y la legislación liberal. Los resultados están a la vista. El asombroso progreso alcanzado en un siglo, realizóse bajo esa oligarquía. Malos y buenos, todos los directores de aquel fenómeno salieron de ella. Basta ello para demostrar que fue, en suma, un gobierno inteligente, por no decir, un buen gobierno, lo cual nada de extraño tendría, pues la historia, en coincidencia con casi todos los pensadores, desde Aristóteles hasta Renán, demuestra que los mejores gobiernos suelen ser las oligarquías inteligentes. LUGONES, Leopoldo, *El payador*, Otero y Cía., 1916, pág. 62.

En la estimación de la trayectoria nacional, el pasado no perece. Ni manda ni ejecuta :

Aquella estirpe añeja de labriegos
y jinetes indómitos que crearon
nuestra patria inicial, ofrenda ahora
la inmoción de un pasado nómade
por voluntad de unirse a ese destino
que nos dictan las voces ancestrales.

No hay una alteración profunda de los modos del ser nacional. Todo el proceso argentino está inserto en los movimientos de avance del hombre, en esa fisonomía del espíritu que se plantea necesidades.

Vastas llanuras, sueño bajo estrellas,
libertad bajo soles: todo el rito
del albedrío en soledad, la esencia
de nuestra condición, se modifica
sin sucumbir, y en cada ser que crea
la posibilidad de otro futuro,
renacerá bajo una forma nueva.

La nostalgia por un tiempo que fue —la vida agreste y salvaje— y ciertas reminiscencias por un tipo humano superado, supone dar espaldas al futuro, a ese tiempo por venir que tiene necesariamente que ser revolucionario. Las modificaciones no alteran la perspectiva humana. Todo corresponde a un proceso que busca la conformación de un tipo humano integral ⁽³⁰⁾. La vida no se detiene. Han de ser superadas viejas estructuras político-económicas que se fundaron en la esclavitud del indio, primero, y en la explotación del gaucho más tarde, puesto que la tremenda energía creadora del hombre descubre en su interioridad horizontes próximos. Y cambiará

⁽³⁰⁾ La labor fundamental de nuestra generación y de las venideras es abolir los obstáculos que se oponen al desarrollo y evolución del hombre en la sociedad argentina. MAFUD, Julio, *ob. cit.*, pág. 156.

el atuendo, las formas de la cultura, las herramientas. Todo ello sin desgarramientos profundos. Lo que importa es la construcción de un universo de fe, de amor, de solidaridad, de justicia social. Y canta así:

La luz de cada día que comienza
combina el canto agreste de los gallos
con la consigna de otro despertar.
Un porvenir distinto se levanta
desde un presente que lo está fundando
contra un pasado que no quiere serlo...

La fe se fortifica:

Otra será la pampa de mañana
y otra la forma de afrontar la vida.
El porvenir ignora los lamentos
y sostiene la fe...
Tendrá que haber un hombre en cada sitio
y un sitio donde pueda amar el hombre.
La misma tierra le dará los medios
para la posesión que aún espera.

Y se sazona la esperanza:

Alguna vez será presente el canto
de un porvenir que empieza a vislumbrarse...

El rumor de los pueblos que construyen
su bienestar, sus sitios en el mundo,
Un oro ennoblecido, una riqueza
de maduro cereal...

Finalmente, la paz en todos:

Un incesante circular de bienes
humaniza la tierra dominada.

Por último, conviene a la índole del poema y a la labor del poeta, recordar la incitación de Manuel González Praña: *¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirigen a la danza macabra, desfilen como legiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presagio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor y de las rosas* (31).

Palabras que propongo como agasajo al talento y a la actitud espiritual de Horacio Núñez West.

ALBERTO FERNANDES LEYS

Calle 55 N° 1453, La Plata

(31) *Pensamientos*. Arco Iris, pág. 19.